

A PROPÓSITO DEL VIAJE *POR AMÉRICA*
DE EUGENIA ECHEVERRÍA¹

María Inés Zaldívar
P. Universidad Católica de Chile

La aparición de *Por América* (enero 2007), es otra de las bienaventuradas andanzas de Eugenia Echeverría, cuentista, poeta y bien llamada periodista cultural debido, entre otras cosas, a su actividad como columnista en revistas y periódicos del continente: *El Espectador* de Colombia, *La Jornada* y *El Universal* de México, y *La Nación* de Santiago de Chile.

La misma Eugenia que ha recorrido mucho mundo desde que nació en el lejano e histórico Yungay, cerca del Ñuble. Y específico, ella es la que desde su origen en el sur de Chile ha recorrido tanta América asentándose durante breves o extensas estadías en Argentina, Perú, República Dominicana, Colombia y México (país donde vivió durante 26 años), para regresar a esta ciudad y quedarse aquí, en Santiago de Chile, específico de nuevo, en la República de Ñuñoa, desde hace ya diez años a esta parte.

Esta es Eugenia Echeverría, la apasionada por el estudio de las culturas populares de nuestra América, como lo acreditan *Tepoztlan que viva la fiesta*, magnífico libro publicado en 1994, y los numerosos artículos aparecidos en la revista mexicana *Mundo, Culturas y Gente* y en *Pluma y Pincel*, en Chile; también es esa, La Eugenia, la que ha dedicado su vida, hasta hoy, a impartir señeros talleres literarios por los cuales han pasado ya varias generaciones de agradecidos escritores. Y, si me permiten, antes de compartir algunas breves reflexiones acerca de mi lectura del poemario de marras, quisiera celebrar este libro como una obra más de una escritora que se ha atrevido como pocos, a lo largo de todas sus obras, a ser fiel a sí misma. Me explico.

¹ Este texto fue leído en el lanzamiento del poemario *Por América*, realizado el 25 de abril del 2007 en la sala Isidora Zegers de la Universidad de Chile.

Pareciera que el título de su primer libro, *Las cosas por su nombre* (1968), hubiera marcado en esta creadora un modo de viajar por la escritura, una manera de apearse muy personal, en la que se dice lo que se dice, más allá de las tendencias del momento, de las sensibilidades colectivas o maneras de poetizar relativamente codificadas por grupos o generaciones. Eugenia Echeverría en poesía ha seguido siempre a su aire, sin cálculos de ninguna especie, como cuando en 1983, estando en México, lanza *La infinita* y provoca un gran revuelo de admiración a hombres y mujeres legos y de letras, con ese primor de “poesía femenina” que se escapó en su momento y se sigue escapando hasta hoy, a toda clasificación que no sea la de buena poesía. Su escritura, plena de gestos tan familiares como perturbadores, se avizora, por ejemplo en la actitud de esa Elena que habita en el poemario:

Para hacer un reloj, un calendario
 Del tiempo no vivido
 Está Elena teje que teje su cabello
 Sentada en su sillita
 Arriba de la torre
 Debajo de la luna
 Al borde del precipicio.

Y si avanzamos en el tiempo (mediando en 1985, *Cuecas de mar afuera*), llegamos el 86 –años duros de dictadura– a *Sangre en el ojo*, y su desparpajo punzante, dolorosamente trágico y cómico, que entre cuecas y tonadas, nuevamente descoloca por su temática y excelencia. Sabemos que cuenta de ello tomó Mauricio Redolés, pues fruto del impacto que le provocó el libro, musicalizó algunos de sus poemas, y desde esa fecha se le oye cantar:

Mi hijo no se mete en nada.
 Yo le advierto: no te metas en nada.
 De la casa al trabajo y del trabajo a la casa.
 Piensa en tu madre y en tus hermanas.

Andan queriendo huelga en su fábrica. Le dije
 que denunciara.
 Que escribiera una nota sin firmar y la entregara.
 De la casa al trabajo y del trabajo a la casa.

Que despidieron a algunos
 pero él no ha visto nada.

Que tomaron presos a varios.
Gana poco. Una pavada.
Que mataron al líder en una emboscada.

Y de ahí un gran salto, pues, esperando el asentamiento del regreso a tierra nativa, siete años se toma en aparecer *Galanario* (2003), esa galería de caballeros de todo pelaje dispuestos a variadas formas de amor hacia su complaciente dama. Desfilan por sus páginas entre otros: tuertos, vampiros, narcotraficantes, suicidas, deportistas, pescadores, tarambanas, el curita de Renca y hasta un poeta abogado instructor de señoritas, mientras se oye por allí escondida dentro de un poema, una femenina voz murmurando:

Ay ramita de toronjil, verde campo de albahaca
A cuál de todos diré que sí
¿Cuál de todos mi flor en el ojal
Risa en mi lecho
esperanza de mi orfandad?

Por América, el recién aparecido del 2007, es un poemario que ya al poco leer se me revela como una suerte de cuaderno, como una especie de bitácora o diario de viaje contado de a versos, que nos narra las aventuras y desventuras de “una señorita que se va” no más, y que “sin norte, ni sur, ni compromisos” se lanza, como una loca desbocada a recorrer mundos en calles, bares, plazas, mercados y rincones diversos. Desde el primer poema, eso sí, se le oye decir que durante el recorrido necesita irse insuflando ánimos, en su idioma, “para darme confianza”, afirma, aunque estoicamente no se queje ni derrame una lágrima.

Ya entrando en la lectura, percibo que como postas en el camino de la superficie textual esta viajera no solo se da ánimos en su idioma para aguantar la travesía, sino que también se guarece para tomar la palabra bajo el alero de cinco partes bien claritas bajo su número romano; pero resulta entonces que descubro que el recorrido que me place seguir en esta lectura no es ese sucesivo, de la parte primera a la quinta, sino más bien el recorrido de las sensaciones que nos trasmite “La viajera”, esa, “La sensitiva” que “como un insecto, / en los intersticios / en las explanadas / succionando, / de esa manera”, se entera de las cosas.

Así, de picotazos, no importando mucho ni dónde ni cuando, me encuentro con los ojos de una señorita que se asombran con “las plazas por donde cruzo contra el sol del mediodía”, veo cómo espía “por la ventana el trajín de los vecinos”, para observar sin ser observada, cómo se da cuenta que detrás de “las puertas traseras de los hoteles de lujo / los desheredados escarban desperdicios”, y “las jóvenes prostitutas se confabulan con los porteros”; o bien simplemente me place ver cómo ella es

testigo tanto del paso de los estudiantes, de “Un muchacho que duerme a lo largo y a lo ancho / tan placenteramente tendido en un banco de madera”, de “dos hombres con un acordeón / y siluetas de oficinistas tras las ventanas”; como de ver llover “a cántaros y sin embargo” percibir que “la noche permanecía clara / y “era posible ver las siluetas de las bugambilias”.

Mi lectura se apercibe también de la sensitiva nariz de esta señorita viajera, que logra transmitirle a su mano la orden para que escriba con precisión sensaciones y olores, como esas del mercado “cubierto hasta el techo del aroma electrificante de las frutas y las especies”, o los de ese jardín desde el cual “En las noches de aguacero / sube el olor de los jazmines / y de los floripondios / y de los hueledenoches”, o bien percibir en “Esquina con perros”, el “terco olor a podredumbre” de la basura de la calle bajo el calor del estío.

La oreja en el recorrido también se presenta como fundamental en la larga travesía, pues ella nos dice que “como un cazador alerta mi oído”, y está consciente, desde un principio, que “El griterío de los pájaros señalaba la ruta”. Son los sonidos de la naturaleza los que están presentes, los de otros reinos (vegetal y animal), los que ella percibe con mayor claridad: “En esta casa no hay música, hay grillos / y el canto de los alacranes”.

En el paseo *Por América* “me detengo a morder un chocolate”, nos dice la hablante. Y es que este largo deambular es también un extenso degustar, ya sea como cuando “Detenidos en busca de guerrillas / comíamos manzanas”, o sentada “en sus restaurantes señalando con el dedo / el plato del vecino” y comiendo, por ejemplo, “cazuela de cordero” (91), o bien solo un simple comer “castañas y hormigas asadas / para mirar a los vagabundos y a los enamorados” (25) caminando por las calles de Bogotá o de cualquiera otra ciudad que se presente.

Y América es también para esta viajera ese contacto de la piel, ese aceptar: “la nostalgia como una capa de terciopelo”; es sentir cómo “La brisa agitó la tela de mi blusa / impulsó golpes de bienvenida en mi espalda”, y de súbito tomar conciencia de que “la ciudad reconoció el hambre de mi corazón”.

Arrimada a cinco estructuras que dividen el libro y que hacen de cables a tierra, la voz poética, la viajera sensitiva, la loca imprudente y desafiante, maniobra el barco que la conduce en esta travesía. Pero la brújula, más que indicar rutas a través de meridianos y paralelos, para llegar a diferentes latitudes o a los diferentes puertos, bajo la mano de su capitana, se mueve dentro de otros rangos y nomenclaturas. Esta señorita mira, huele, escucha, saborea y acaricia su América, las idas y venidas de este nuestro continente, como una enamorada, tal como lo explicita en “Hay amores”: “Enamorarse de una ciudad / guardar el horario de sus trenes / la ubicación de sus terminales de buses / y la ruta de huida hacia sus terminales aéreas”.

A fin de cuentas, puedo establecer que “La viajera” ha configurado en su andar una América personal, elegida a través del más hábil detector, el de los sentidos,

y la potencia de este territorio recorrido y sus luminosas y oscuras significaciones, la conquista, la cautiva y enamora. Se da entonces una fusión entre viajera y viaje, entre sujeto que recorre y territorio recorrido, y aparece un hablante refractado y presente en todo lo que mira, huele, oye, saborea y toca y, a su vez, también puedo percibir un objeto amoroso llamado América que contiene los pedazos que esta señorita le ha ido ofrendando en el camino. Pero ella misma nos lo confidencia mucho mejor al cerrar su recorrido, en la “Estación terminal”:

Era yo una señorita
sin norte ni sur ni compromisos
cuando partí de viaje por América
ruta de nudos para enudarse
en la multitud dejé de estar sola
perdí lo que no necesitaba.

Es indudable que Eugenia Echeverría tiene una voz reconocida dentro del coro de nuestra literatura, caracterizada, diría yo, por una precisión locuaz, por una apasionada serenidad, por una candidez atemorizante y, sobre todo, por un sentido del humor capaz de penetrar con su estilete los espacios más recónditos e inesperados.

Considero que la creación de Eugenia Echeverría posee un timbre personal, perfectamente identificable, que ha servido y seguirá sirviendo de guía como un faro ineludible a muchos de nosotros, viajeros por las aguas tormentosas de la vida y su literatura.

mizaldiv@uc.cl

Recibido el 3 de agosto de 2007

Aprobado el 30 de agosto de 2007